

NECROLÓGICAS

Alain Guy

CUANDO a fines de los años 50 y primeros de los 60, empecé a ocuparme de temas relacionados con la filosofía española, el ambiente de hostilidad hacia tales preocupaciones estaba muy generalizado. Se relacionaba -probablemente de manera inconsciente- el interés por la filosofía española con un intento de afirmación nacionalista afín a las tendencias del régimen franquista. En esas circunstancias tropezar con el libro de Alain Guy, *Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui* (1956) fue una bendición. Escrito desde el rigor y la simpatía -difícil conjunción-, abría una puerta de esperanza a los que nos dedicábamos a semejantes temas. Desde las primeras páginas el libro se situaba en una posición de equilibrio, que expresa así: “No intentamos tomar partido en el arduo y tradicional debate en torno a las ‘filosofías nacionales’. Entre una concepción intemporal y descarnada de la especulación filosófica y la teoría romántica del *Volksgeist* al modo de Herder (que sedujo a Llorens y Menéndez y Pelayo), nos parece encontrar una solución intermedia en la que toma en cuenta las condiciones nacionales *hic et nunc* de la filosofía, sin llevar a oponer entre ellos, como entidades distintas, los movimientos filosóficos de diversos países, siempre interdependientes de alguna manera”. El mismo equilibrio encuentra también Guy dentro del quehacer filosófico nacional entre una España marítima fecundada por el espíritu mediterráneo -Lulio, Vives, Eiximenis, Sabunde, Eugenio d’Ors- y otra ganada para la aventura atlántica -Francisco de Vitoria, Vasco de Quiroga, Bartolomé de las Casas, Miguel de Unamuno-. Un equilibrio matizado y fecundado siempre inclinado por el entusiasmo hacia la filosofía española, que expresa muy gráficamente cuanto se dispone a publicar el libro de que hablamos. Cuenta que cuando Vives abandonó la celda de Oxford para regresar a su amada Brujas quedó allí un enjambre de abejas revoltosas como vestigio de las largas e intensas horas de trabajo, y así entiende Alain Guy que las hojas del libro que en ese momento abandonaban la penumbra de su gabinete para ver la luz del día pueden compararse a otro enjambre de burbujeantes ideas que no son sino la expresión de un canto de sincera y ferviente estima por la filosofía española.

Este amor a nuestra filosofía se engendró durante su juventud, cuando preparaba en Salamanca su tesis doctoral sobre *El pensamiento de Fray Luis de León. Contribución al estudio de la filosofía española del siglo XVI* (1943), continuado después en su *Bosquejo sobre el progreso de la especulación filosófica y teológica en Salamanca durante el siglo XVI* (1943). Pero el interés por la filosofía española del profesor Guy no se limitó a nuestro Siglo de Oro; hombre de una curiosidad sin límites por la actualidad, dedica las dos terceras partes de su libro a filósofos del siglo XX, muchos de los cuales estaban todavía vivos cuando él publicó su libro. Un reparto parecido puede apreciarse en su *Historia de la Filosofía Española* (1983), uno de los últimos libros que publicó en vida y que constituye un resumen de su aportación apasionada al

intercambio entre la filosofía francesa y la española. Éste fue uno de sus objetivos permanentes y que ya tenía muy claro desde el inicio de su obra, cuando se propuso redescubrir a sus compatriotas esa *terra incognita* injustamente desconocida, pues está seguro de que será beneficiosa para ambos países. Así lo dice: “Por nuestra parte, la única ambición es contribuir a la reapertura espiritual del *camino francés* de Compostela, es decir, a la comprensión cada vez mayor entre filósofos franceses y españoles”.

El encuentro con la filosofía española se produjo en Salamanca, como antes dijimos, pero tuvo su expansión y desarrollo en Toulouse, en cuya Universidad fue catedrático dentro de la Facultad de Letras. Tras el primer impulso que probablemente recibió de Jacques Chevalier, encontró en esa Universidad el ámbito cálido y acogedor de Jean Sermet y de Georges Bastide; el primero como director del “Centre d’Études Hispaniques” y el segundo como decano de la Facultad de Letras, dieron facilidades y estímulos para que Alain Guy realizara incansablemente su proyecto de aproximación entre filósofos españoles y franceses. Toulouse y Salamanca son las ciudades que han pivotado ese esfuerzo y una parte importante de su vida profesional podría inscribirse en un ir y venir continuo entre ambas. En Salamanca animaba un año tras otro con su apasionada presencia el Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, y allí se le concedió el doctorado “honoris causa” en recompensa a su esfuerzo. Hay que hacer constar también que éste no consistió sólo en las obras de su propia autoría, sino en las muchas que, dentro de la colección “Philosophie iberique et iberoamericaine”, se publicaron bajo su consejo y dirección en la Universidad tolosana.

Aquellos a los que nos distinguió con su trato amistoso y cordial, y a todos los que recibimos su estímulo intelectual, nos va a costar trabajo no imaginarle ya entre nosotros. Por eso, su presencia espiritual continuará viva y permanente en los que le conocimos; de algún modo -sus libros, su ejemplo, su ánimo- va a seguir con nosotros. No olvidaremos tampoco que, consecuente con su catolicismo progresista, fue un hombre de izquierdas y que en gran parte su dedicación a la filosofía española era consecuencia de ello, pues consideraba que era una injusticia que ésta no fuese más y mejor conocida. ¡Te prometemos, maestro Alain Guy, que seguiremos trabajando por lo mismo que lo has hecho durante tantos años!

José Luis Abellán